



¡Nuestra Espiritualidad¹

Dios se revela en hechos y palabras, pero los hechos fueron lo primero (Dei Verbum, 2). El amor y la compasión de Dios estaban ya en acción mucho antes de que se escribiera la Biblia, y las acciones salvadoras de Dios (como la llamada de Abraham, el Éxodo de Egipto, y la muerte y resurrección de Jesús) anteceden a los textos que los describen. La sagrada escritura es el registro escrito del diálogo de Dios con la humanidad. La función de la biblia es abrir nuestros ojos a Dios que está activo no solo en la historia de la humanidad sino también en cada una de nuestras vidas. Por ello las palabras en la Biblia tendrían que ayudarnos a descubrir de nuevo la maravillosa y misteriosa relación que tenemos con el Verbo Divino.

En la regla de 1885 San Arnoldo Janssen explica cómo quiere que entendamos nuestro nombre:

«El nombre de la congregación es Sociedad del Verbo Divino (Societas Verbi Divini). Aquí atribuimos el adjetivo "divinum" a las tres divinas Personas. Por eso, bajo "Verbum Divinum" entendemos:

- a) La Palabra del divino Padre, esto es, la Segunda Persona divina*
- b) La Palabra del divino Hijo, en su humanidad santa, es decir, el evangelio de Jesucristo, y*
- c) La Palabra del Espíritu Santo, es decir, toda la Santa Escritura y en segundo sentido, la palabra sacerdotal que advierte e instruye a los seres humanos, en la medida que esto se hace en representación de la Iglesia y de acuerdo a sus enseñanzas.»*

Así nuestro Fundador interpretó al Verbo Divino en primer lugar y sobre todo como una persona. De tal modo que cuando leemos la Sagrada Escritura no nos familiarizamos simplemente con ciertos textos; más bien tratamos de familiarizarnos más con Jesús. La Iglesia afirma que la Biblia es la Palabra de Dios inspirada y por ello venera las Sagradas Escrituras. Y sin embargo reconoce también que se da una sutil pero importante distinción entre la Palabra de Dios y la Biblia. La Palabra de Dios no puede ser limitada al texto bíblico, y sin embargo ese texto bíblico nos revela la Palabra Divina a nosotros.

La palabra de Dios es ambas cosas, inspirada y encarnada. El término alude al Espíritu Santo, que impregna completamente la Sagrada Escritura. Resulta pro tanto apropiado que celebremos una lectura bíblica de Pentecostés a Pentecostés. Ojalá el Espíritu –del que San Arnoldo Janssen fue especialmente

¹ En dialogo con el Verbo Nº5, Enero 2005

devoto- también nos inspire para renovar nuestra vocación misionera y religiosa a través de volvernos un renovado interés por la Biblia.

El término "encarnado" alude a la segunda Persona de la Trinidad, la persona del Verbo encarnado, de la Palabra hecha carne. Sin embargo, la Sagrada Escritura es también Palabra encarnada: *"Así es como las palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se han hecho semejantes al lenguaje humano, a la manera como un día el Verbo del Padre eterno, al tomar la carne de la flaqueza humana, se hizo semejante a los hombres"* (Dei Verbum, 13). El término "encarnado" alude por tanto a las implicaciones misioneras de nuestra lectura de la Biblia. En la Sagrada Escritura buscamos inspiración para este desafío misionero y también para la renovación de nuestra vida misionera y religiosa.

Conducidos a las fronteras²

"El Espíritu Santo está sobre mí, porque él me ha ungido, para traer Buenas Noticias a los pobres; para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y proclamar el año de la gracia del Señor" (Lc.4,18-19)

Desde los días de nuestro Fundador, el Espíritu Santo ha ocupado un lugar privilegiado en nuestra espiritualidad. De hecho, para ser misioneros necesitamos al Espíritu Santo. Desde que Él fuera enviado, el día de Pentecostés, se inició la expansión del Evangelio por todo el mundo, en virtud de la cual gentes de todas las razas, lenguas y pueblos y naciones han sido reunidas en una sola familia y en un solo idioma, la familia y el idioma de la fe. A fin de colaborar en la realización de esa unidad, nos consagramos al Espíritu Santo, quien nos empuja a cruzar fronteras e ir más allá de donde se vive la fe, y nos pone en contacto con los marginados de la sociedad.

El Espíritu afina nuestro oído y nos dispone a escuchar la Palabra que se deja sentir, de un modo especial, en las culturas y pueblos en medio de los cuales trabajamos. Para el misionero del Verbo Divino, tal receptividad implica no solo la actitud de orante escrutador de los signos de los tiempos, sino también la decidida voluntad de dejarse guiar por el Espíritu al desierto. (...)

Si hemos de ser personas de fronteras, será indispensable mantenernos en una permanente disponibilidad y apertura a la moción del Espíritu. Tenemos que saber correr riesgos y aceptar fracasos. María, la Inmaculada Esposa del Espíritu santo, nos sirve de modelo de dicha apertura al Espíritu, de la disponibilidad y del valor mencionados.

² En las Huellas del Verbo Nº1, Agosto 1988

«Buscamos modelar nuestras vidas según las exigencias de la fe, escuchando atentamente la voz del Espíritu santo que nos habla en la Sagrada Escritura, en la vida de la comunidad y de la Iglesia y en los acontecimientos de todos los días. Nuestra respuesta se elabora en la oración y en la acción.» (Constitución SVD, 508).

«En el principio existía el Verbo...

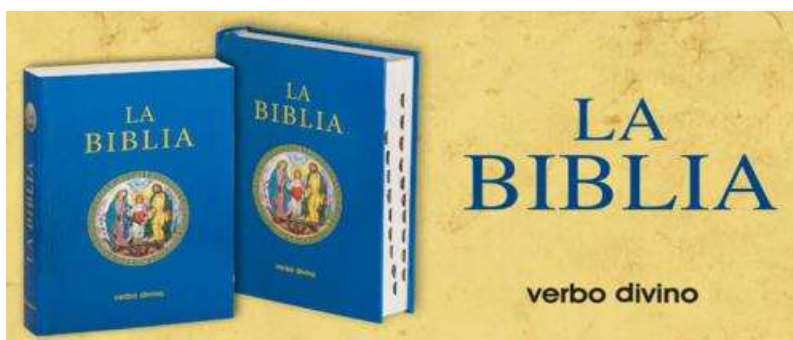
todo se hizo por él, y sin él no existe nada de lo que se ha hecho.

El Verbo era la luz verdadera que,

viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre» (Juan, 1,1.3.9)



Misioneros del Verbo Divino



ⁱ “Enraizados en la Palabra, Comprometidos con Su Misión”